

bastante metal y en esta semana ya pagaremos el importe de dos letras, que á cargo de usted giré, con ese metal. Paciencia.

Andr.—La he tenido y la tengo; me inspira una fe tan ciega esa mina, que gastara doble de lo que presenta esta copia. Tanto así confío, Aguilar, en ella. Pero esto decir no quiere que yo temeroso vea el caudal que se ha gastado y á mis recursos supera.

Agui.—(Aparte) Tiene razón; es preciso hacer algo.

Andr.— ¿Y esas letras se vencen próximamente?

Agui.—Esta semana. Si llega el producto de metales, como lo espero, cubiertas serán por usted sin grave compromiso.

Andr.—(Con ansiedad) ¿Y si no llega?.....

Agui.—Entonces.....

Andr.—(Con angustia y aparte) Será imposible pagarlas.

*A Aguilar, mirando que Luisa y Elena vienen)*

Ellas se acercan  
vámonos al escritorio.

Agui.—(Aparte) Yo debo ayudarle; es fuerza

Elena.—(Acercándose á ellos)

¿Interrumpimos?

Andr.— No.

Elena.—(Aparte) Andrés está pálido.

Andr.— Tenemos que ver apuntes; volvemos en seguida.

Agui.—(A las señoras) Hasta después.

ESCENA V.

*Luisa, Elena.*

Elena.—Los señores nos excluyen de los negocios.

Luisa.— Mal hecho, porque la mujer á veces suele dar buenos consejos. Aguilar siempre consulta mi parecer.

Elena.— Lo celebro. Tú siempre has tenido clara penetración y talento.

Luisa.—No es esto precisamente; sino que calculo y pienso que nunca se debe obrar á impulsos del sentimiento. El romanticismo, Elena, se queda para los versos. La vida debe ser práctica.

Elena.—(Aparte.) A. oírta me estremezco.

Luisa.—¿No tienes esa opinión?

Elena.—Con franqueza, no la tengo.

Luisa.—Lo siento. Quien no calcula se queda atrás sin remedio.

Elena.—(*Aparte.*) Escuchándola, me asalta extraño presentimiento.

(*A Luisa.*) El cálculo, Luisa mía, no siempre en la vida es bueno.

Luisa.—Te engañas.

Elena.— El corazón puede mucho.

Luisa.—(*Aparte.*) Dan tedio gentes así.

Elena.— Yo creía que nunca el orgullo necio pudiera ser para el alma un prudente consejero.

Luisa.—(*Aparte.*) Me reprocha. (*A Elena con ironía*) Tú lo afirmas.....

Elena.—Será porque así lo siento.

Luisa.—(*Tomando un tono amable.*) En las almas generosas como la tuya, convengo en que la virtud exista. Vives dichosa; el dinero impulsa la caridad, y los corazones buenos gozan en hacerla. Yo, he tenido pruebas de ello.

Elena.—(*Aparte.*) ¡Tono extraño!

Luisa.—(*Idem.*) Si supiera que sus favores desprecio.

Elena.—No es extraño que te quiera

y te demuestre mi afecto: lo mereces.

Luisa.— No lo digas; es tu bondad. (*Aparte.*) Que aborrezco. (*A Elena.*) Aguilar y yo, sentimos de tus favores el peso. Mis hijos aprenderán á bendecirte.

Elena.—(*Con seriedad.*) Dejemos inútil conversación.

¿Quieres salir de paseo? Que pongan el coche.....

Luisa.— Espero á Leopoldo: pero tú, por mí, no te prives.....

Elena.— Tengo que visitar, con Herminia, á la viuda de Alas; quiero felicitarla. Ramiro, ¿le conoces?

Luisa.— No recuerdo.

Elena.—Alguna vez en mi casa te lo presenté há tiempo; era estudiante de leyes y hoy abogado.

Luisa.—(*Indiferente*) Creo que á su padre conocí.

Elena.—¡Ah! era un hombre bueno; honrado, probo, inflexible, gran corazón y talento.

Luisa.—Pero con poca fortuna. El corazón es lo menos con que se debe contar,

digo, para ciertas cosas. ....  
*(Herminia por la derecha.)*

## ESCENA VI.

*Dichas y Herminia.*

Herm.—Ya estoy, mamá.  
*(Sorprendida al ver á Luisa)!* Tanto bueno en casa! ¡Qué dicha! *(abrazándola con cariño.)*

Luisa.— Yo  
 soy ahora quien la tengo.  
 ¡Qué bella estás, qué crecida!

Herm.—¿Y Honoria?

Luisa.— Ya el colegio  
 poco tardará en dejar.  
 Mucho te extraña.

Herm.— La quiero  
 como á mi mejor amiga;  
 y aunque no tengo deseos  
 de continuar estudiando,  
 por ella, acaso al colegio  
 volvería ....

Luisa.— Gracias.

Elena.— Vuelvo.  
*(Váse por la derecha.)*

## ESCENA VII.

*Dichas menos Elena.*

Herm.—¿Y Carlota y Julia?

Luisa.— Bien.  
 No como tú tan dichosa

porque la fortuna esquivada  
 tiene caprichos de sobra.

Herm.—La fortuna viene y va;  
 y les basta por ahora  
 tener como yo, sus padres,  
 para sentirse dichosas.

Luisa.—Pero los padres sufrimos  
 cuando faltan ciertas cosas.....

Herm.—¿Qué puede faltarles?

Luisa.— Mucho.

Herm.—Mucho de qué?

Luisa.— Trajes, joyas,  
 que la sociedad exige  
 y que el mundo no perdona.

Herm.—Para mí, es lo de menos.  
 Jóvenes bellas, virtuosas.....  
 Eso vale mucho más  
 que las apariencias tontas.

Luisa.—Bien se conoce, hija mía,  
 que no eres pobre

Herm.— Señora;  
 rica en virtudes quisiera  
 tener el alma. Las joyas  
 opacan frecuentemente  
 las cualidades que adornan  
 á seres que por sí mismos  
 valen mucho.

Luisa.—*(Con fina ironía.)* Soñadora .....

Herm.—No lo sé, pero á mi madre  
 debo estas ideas.

Luisa.—*(Aparte.)* (Tontas.)

*(Elena por la derecha.)*

## ESCENA VIII.

*Dichas y Elena.*

Elena.—Vamos Herminia.

*(A Luisa.)* Ya sabes.

La casa es tuya. Una hora nos detendrá la visita.

Adios; descansa. *(La besa.)*Luisa.—*(Con cariño.)* Mimosa.*(Vanse.)**(Luisa las sigue con la mirada lenta y envidiosa, diciendo casi en la puerta del fondo los dos primeros versos del monólogo que sigue.)*

## ESCENA IX.

Y ver que la fortuna favorece  
á los que así sus dones menosprecian.*(Baja al proscenio.)*Yo vivía feliz, rica, mimada,  
envuelta siempre en terciopelo y seda,  
brillando en los salones con el brillo  
que vence á las rivales en belleza.  
Jamás de compasión llanto cobarde  
nubló mis ojos por desgracia ajena,  
y al ver llorar, sentía menosprecio,  
dudando de que lágrimas pudieran  
tener á todas horas los que piden,  
y de su historia los dolores cuentan.  
Su faz horrible presentóme un día  
el áspid destructor de la miseria,y tuve que llorar llanto de fuego,  
cuya memoria mis entrañas quema!.....  
?Yo, pobre, miserable, relegada  
á vivir en tugurios, en espera  
de la limosna vil de algún amigo  
que sufrir nos veía?..... !Cuando en esa  
terrible transición de nuestra suerte  
ahora pienso, de congoja tiembla  
estremecida mi alma! ¡Los recuerdos  
de aquella situación, mi pecho hielan! ....*(Pausa.)*Varió la faz de la fortuna; vino  
la protección de D. Andrés y Elena  
en cambio del trabajo de mi esposo.  
¡Y sin embargo, que salvaron piensan  
á una pobre familia, abandonada  
al horror infernal de la miseria!.....  
Torpe virtud, engaño de favores. . . .  
Las dádivas, cariño y complacencias,  
reconocen un fin que hiere mi alma  
y á nueva desventura la sujeta.*(Con tono reconcentrado.)*¡Pensar que en breve, el esplendor, el lujo,  
el brillo seductor de la riqueza,  
harán que el mundo, á quien deslumbra el  
(oro,esté á las plantas de la bella Elena,  
mientras que yo, devoro en el secreto  
del injusto destino la torpeza. . . .!*(Transición reflexiva.)*¡Ah! de mi mente en la confusa sombra,  
surge la luz en forma de una idea,  
y crece y se dilata y se realiza

y mi rival en lujo y en belleza  
eclipsase ante mí. . . lo quiero y basta  
c n que lo quiera yo para que sea. . .  
(*Aparece Ramiro, entrando por el foro.*)

## ESCENA X.

Luisa, Ramiro.

Ram.—A los pies de usted, señora.  
Luisa.—(*Sorprendida.*) ¡Ah! ¿quién llega?  
(*Dominándose.*) Caballero! . . .  
(*Aparte.*) Me habrá escuchado? . . .  
Ram.—(*Idem.*) Aquí Luisa!  
¿Don Andrés?  
Luisa.— Supongo . . . creo . . .  
que estará en su despacho.  
Ram.—¿Y la señora?  
Luisa.— Saieron  
Herminia y ella, hace poco.  
(*Aparte.*) Este es Ramiro.  
Ram.— Le ruego  
permita que las espere.  
Luisa.— Sírvase tomar asiento,  
y entonces, con su permiso . . .  
Ram.— Sentiría ser molesto  
y que usted se retirase  
Por mi causa . . .  
Luisa.— Voy adentro,  
Para que anuncien á usted.  
Ram.— Yo su bondad agradezco.  
(*Vase Luisa.*)

## ESCENA XI.

Ramiro.

¿Qué hace aquí Doña Luisa,  
alma infernal de Leopoldo? . . .  
Ya recuerdo. D. Andrés  
me habló hace días de todo  
lo que estaban proyectando  
para la mina uno y otro.  
No me atreví á contrariarlo;  
pero ahora, de su socio  
voy á recordarle ciertos  
antecedentes notorios,  
y mucho que se murmura  
y que lo ignora supongo.

## ESCENA XII.

Dichos, D. Andrés por la izquierda.

Ram.— Señor D. Andrés. . .  
Andr.— ¡Ramiro!  
Cuánto gusto de estrecharte  
en mis brazos  
Ram.— Un amigo  
bondadoso como usted. . .  
Andr.—¿Y tu mamá?  
Ram.— Bien; no vino  
porque esperaba que fuese  
por ella.  
Andr.— Y . . . .  
Ram.— Un requisito

que fué preciso llenar  
para recoger el título,  
me lo impidió.

Andr.— Pues lo siento.  
(*Sesientan*) Ya sabrás que para rico  
me falta un peso...

Ram.— No sé...

Andr.— ¿Te vuelves desentendido,  
eh?...

Ram.— ¿Habla usted de la mina  
de su propiedad?...

Andr.— ¿De qué otro modo quieres  
que pudiera hacerme rico?

Ram.— ¡Hay tantos modos de serlo! ....

Andr.— Yo sólo en este confío.

Ram.— ¿Usted solo?

Andr.— Y la familia.

Ram.— ¿Y alguno más?.....

Andr.— ¿Quién?

Ram.— ¿Me explico?

Andr.— ¿Quieres hablar de Leopoldo?

Ram.— Justo.

Andr.— Mi socio y amigo,  
mi apoderado.

Ram.— Es bastante  
para que sea á mi juicio  
tan opulento y tan...

Andr.— Vamos,  
deja los enigmas.

Bam.— Digo,  
que pronto tambien tendrá  
una fortuna.

Andr.— Ramiro:

quien á trabajar te ayuda,  
con desvelo, con ahinco,  
y á sus esfuerzos le debes  
un éxito tan cumplido  
como el que pronto vendrá  
con la bonanza, que rico  
sea también como tú,  
es racional y preciso.

Ram.— Ni lo dudo, ni lo niego;  
solamente desconfío  
de circunstancias que deben  
tener á vd. sobre aviso.

Andr.— ¿Qué quieres decir?... ¿Sospechas  
de su proceder?... ¿no es digno?...

Ram.— ¿Olvida vd. que Aguilar  
á honorable casa hizo  
que se presentara en quiebra?  
vd. lo sabe y no atino  
cómo ha podido confiarle  
grandes intereses.

Andr.— Vivo  
seguro de su lealtad.  
Aquella quiebra, Ramiro,  
no debe atribuirse á él  
solamente. Era mi amigo  
el dueño de aquella casa.  
Por apatía ó capricho  
abandonaba á menudo  
los negocios. Sobrevino  
la desgracia y responsables  
fueron los dos, yo lo afirmo,  
y aunque Aguilar era joven  
falto de experiencia y tino,

no lo disculpo, al contrario.  
Mas después, arrepentido,  
presa de grande infortunio,  
casado, pobre, con hijos,  
se regeneró: A mi lado  
lo conduje; y él, solícito,  
en poco tiempo logró  
convertir nuestros delirios  
de una bonanza en la mina,  
en hecho tan positivo,  
que, te lo confieso, asombra!  
Cierto que el gasto es crecido,  
un capital verdadero  
del que muy pronto confío  
en reembolsarme con creces.

Ram.—(*Discretamente.*)

Este es, señor, el motivo  
de ciertos rumores. Dicen  
que el capital invertido  
en trabajos de la mina  
es menos de lo que escrito  
aparece en los apuntes,  
y se habla de vd.

(*Se ponen ambos de pie.*)

Andr.— ¡Ramiro!

Ram.—Creyendo que es imposible  
desembolsar de continuo  
tan enormes cantidades  
sin exponerse á perjuicios  
de gravedad.

Andr.— En efecto....  
Mas yo las cuentas he visto  
y me parecen exactas.

Las minas, gastos crecidos  
tienen para dar producto

Ram.—Lo celebro y nada he dicho.

Andr.—Yo te agradezco en el alma  
el interés que te inspiro.  
Eres como fué tu padre,  
tan honrado como digno.  
Pero eres también muy joven.....  
Hoy vas á comer conmigo.  
Hablarás de sobremesa  
con Leopoldo y prevenido  
por nuestra conversación  
cambiarás.

Ram.— Bien.

Andr.—(*Aparte*) ¡Guapo chico!

### ESCENA XIII

*Dichos, Elena y Herminia que salen por el fondo.*

Elena.—Ramiro! Usted por aquí  
y nosotras en su casa:

Ram.—Si yo lo hubiera sabido... ..

Her.—Pero aquí le vemos

Ram.— Gracias.

Andr.—Hoy es nuestro comensal.

Elena.—¡Magnífico! No esperaba  
tan grata satisfacción,  
señor abogado. (*Con dulce sinceridad.*)

Andr.— Baja  
con él al jardín, Herminia.

Her.— ¿Vamos?

Ram.—(*Demostrando en todo amoroso interes.*)

Con gusto. ¿Te agradan  
tanto como antes las flores?

Her.— Ahora más. ¡Tengo tantas!...

(*Lo conduce al balcón de la derecha*)

Mira desde aquí.

Ram.— ¡Precioso!

(*Siguen hablando bajo*)

Elena.— (*A Don Andrés*)

Voy con ellos.

Andr.— (*Mirándolos con ternura*) ¡Qué galana  
pareja! ¿Te gustaría

verlos unidos?

Elena.— (*Suspirando*) ¡Qué lástima

Es tarde para eso, Andrés,  
Herminia está enamorada.

Andr.— (*Con sorpresa y disgusto*)

¡Enamorada! ¿Y de quién?

Di..... (*Criado por el fondo.*)

#### ESCENA XIV

##### *Dichos y criado*

Criad.— Señor, en la antesala

el señorito Roberto

espera.

Herm.— (*Con emoción involuntaria.*)

¡El!....

Ram.— (*Aparte sorprendido*) ¡Ah! lo ama!

Qué desengaño!

*Elena hace á Don Andrés una seña de inteligencia  
y éste ve á Herminia.*)

Elena.— (*A los jóvenes*)

Vamos.

Andr.— Sí..... ruborizada....

*Vánse los tres por la derecha y entra Roberto  
por el fondo*

#### ESCENA XV

##### *Don Andrés y Roberto*

Rober.— Señor Don Andrés.

Andr.— Roberto

Qué dicha de verlo en casa.

Robert— Es que la mía traspasa  
los límites de lo cierto.

Andr.— No me explico.....

Robert— Tanto así.

visitarle ansiaba hoy.

Andr.— ¿Hoy por qué?

Robert— Porque me voy

quizá muy pronto de aquí.

Andr.— ¿Cómo? ¿á donde?

Robert— (*Dando una carta.*) En esta carta

mi padre lo dice á Usté.

(*D. Andres recorre la carta y  
mientras Roberto dice aparte.*)

Es el momento y sabré

Si de su lado me aparta.

Andr.— (*Indicándole un asiento.*)

En efecto, aquí me avisa

que fué mi letra pagada,

y usted parte á la Embajada



de Berlín.  
Robert— Es mucha prisa  
Yo quisiera retardar  
mi viaje.

Andr. — ¿Por qué razón?

Robert—Asuntos del corazón;  
¿por qué lo he de negar?

Andr. — Bien hecho. De la experiencia  
nace siempre el buen consejo,  
por algo se llega á viejo  
luchando con la existencia.

Robert—Si vd. aprueba, mejor.

Andr. — Tal vez: pero usted debía  
ver que es joven todavía  
para entregarse al amor,  
en círculo tan pequeño,  
cuando va usted á viajar  
por Europa y alcanzar,  
si lo toma con empeño,  
hombres y posición.

Robert—Quizá; mas de esta pasión  
depende mi dicha entera.

Andr. — Usted lo cree porque ama.  
Las primeras ilusiones  
son casi siempre nociones  
del amor.

Robert— O activa llama  
que no se extingue.

Andr. — Será .....

Robert—¿Usted lo duda?

Andr. — No y sí;  
la juventud es así.  
¿Y su padre sabe ya?.....

Robert—Todo se lo he consultado.  
Mi elección es de su gusto.

Andr. — Entonces, Roberto, es justo;  
delo usted por aprobado,  
de mi parte. (*Cambio repentino.*)

La futura  
debe ser joven y bella,  
¿no es verdad?

Robe.—(*Con exaltación*) Es una estrella  
del hogar, brillante y pura.

Andr.—(*Con marcada intención*)  
Lo celebro. ¿Y de su amor  
tiene usted seguridad?

Robe.—Absoluta... La verdad  
se revela en su candor,  
y sólo falta á mi anhelo,  
que sus padres den al mío  
dulce respuesta que ansío  
para alcanzar ese cielo.

(*Con resolución súbita.*)

La clara penetración  
de usted, no le dice ahora  
que la niña á quien adora  
readido mi corazón  
es....

Andr.—(*Interrumpiéndolo seriamente.*)  
Silencio! (*Aparte.*) Lo pensaba.

Robe.—(*Aparte*) Su seriedad me atormenta.

Andr.—¿No ha tenido usted en cuenta  
que al padre de ella le hablaba?

Robe.—Señor D. Andrés, creía  
que mi noble sentimiento  
no le ofendiera...

Andr.— No intento decirle que me ofendía; más debe usted comprender que un padre no encuentra llano escuchar así... de plano, que le piden por mujer sin antecedente alguno, á su hija.....

Robe.—(*Con sincera humildad*) Cuánta razón tiene usted: mi situación hizo que fuera importuno; mas como voy á partir para Europa, yo quisiera que usted, señor, consintiera ántes.....

Andr.— Es mucho pedir  
Robe.—Si mi franqueza no explica la lealtad con que procedo, de otra manera no puedo expresarme.

Andr.—(*Aparte.*) Y me replica! Joven; fuera baladí mi negativa en el punto á que llega nuestro asunto, si viera tan sólo en mí la honra que nos dispensa. Pero, al tratar de mi hija, permita usted que le exija deje por hoy lo que piensa.

Robe.—¿Me desprecia usted?

Andr.— Lo aplazo.

Robe.—Y bien: ¿qué digo á mi padre?

Andr.—Diga usted lo que le cuadre,

que yo le hablaré del plazo,

Robe.—Entonces ¿puedo esperar?

Andr.—Nada por hoy..... ya veremos.....

Pero entre tanto debemos con suma prudencia obrar.

Nada de cartas ni citas

Robert—Sé cumplir con mi deber.

Andr.—Lo creo; pero á mi ver son mejores las visitas.

Robert—Mucho agradezco el favor; pero mi viaje.....

Andr.—(*Paniéndose en pié.*) Paciencia!

Robert—Me tortura usted

Andr.— La ausencia

mata, ó afirma el amor.

Lo que digo no es pretexto.

Si dignos llegan á ser

de unirse, tendré placer

pues que Dios lo habrá dispuesto.

Robert—(*Tomándole la mano con efusión.*)

Gracias por tanta bondad.

Andr.— Es que no concedo nada.

Robert—Si en mí consiste..... ¡labrada está mi felicidad!

FIN DEL ACTO PRIMERO.